

HISTORIAS DE VIDA DE DETENIDOS-DESAPARECIDOS Y ASESINADOS DEL BARRIO DE PALERMO



DANIEL VÍCTOR ANTOKOLETZ

Detenido-desaparecido en Buenos Aires por un grupo de tareas de la ESMA el 10 de noviembre de 1976, a los 39 años. Nace en febrero de 1937 en Córdoba. Pasa la infancia en el extranjero, pues su padre es diplomático. Vuelto a los 10 años al país, vive su adolescencia en la ciudad de San Nicolás, donde estudia bachillerato. Es generoso, precoz, algo retraído, infatigable lector, impaciente, con gran sentido del humor. Luego, estudia Derecho en Buenos Aires en la Universidad Católica Argentina (UCA), carrera que cursa con calificaciones brillantes (de 1960 a 1964) y donde es invitado a ejercer como Ayudante de Cátedra de Derecho Internacional Público, que se vuelve su especialidad. En la UCA es docente auxiliar (1965-1967), profesor adjunto en la Universidad de Estudios Sociales (posteriormente disuelta en 1966-1967) y en la de Belgrano (1967), docente por concurso en la UBA (1968), adjunto a cargo de cátedra en Sociología de las Relaciones Internacionales en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (1968), Jefe de Estudios e Investigación del Instituto de Derecho Público de la Universidad de Belgrano (1968) y profesor adjunto en dicha universidad a partir de 1971, Director de Estudios de la Universidad Católica de Mar del Plata (1973-1974), nuevamente profesor adjunto en la Facultad de Derecho de la UBA (1974). Trabaja privadamente en la profesión, y patrocina a cada vez más presos políticos y sus familiares. Después del golpe contra Allende viaja dos veces a Chile, donde logra salvar y repatriar a varios argentinos secuestrados por la dictadura de Pinochet. En marzo de 1973 es nombrado Jefe de Gabinete del ministro de Relaciones Exteriores Juan Carlos Puig, cargo que desempeña con enorme entusiasmo. Tres meses más tarde la derecha del peronismo toma las riendas del país, y a su sombra cómplice va creciendo la acción coordinada de la Triple A. Largo y arduo es a veces el camino de Daniel hasta adueñarse de su propio derrotero. Cuando adolescente, su inteligencia superior y sorprendente cultura le hacen no aceptar fácilmente una enseñanza secundaria vetusta y arbitraria. Mas cuando algún profesor sabe imponerse en buena ley a sus alumnos, Daniel lo respeta casi hasta la veneración. Más tarde reacciona contra aquellos aspectos oligárquicos e individualistas de la UCA, y va caminando, con inseguridades y dudas decrecientes, hacia el sueño de una sociedad democrática y comunitaria. En sus 14 años como profesor, Daniel resulta un brillante docente admirado

por muchos, rechazado por quienes se sienten tocados en sus intereses y prejuicios de clase. Se entrega sin límites de horarios a grupos de estudiantes, y la puerta de su casa permanece abierta para ellos. La madre de Daniel recibe una carta de Marisa Arienza, quien fuera alumna de él en la U. de Belgrano:

“Los profesores y las materias me parecían aburridos, faltos de creatividad, acartonados, etc. En los primeros días de clase de primer año, tuvimos charlas de todos los profesores de la carrera, yo estaba desolada. En una de las charlas finales, entró por el largo pasillo del auditorio un profesor cuya sola presencia mostraba a las claras que era distinto. Tenía luz propia, una mirada inteligente e inquieta, nos miraba a nosotros como seres humanos a los cuales debía transmitirles algo importante. Dio una charla magnífica acerca del Derecho Internacional Público, de las posibilidades que tendríamos en la vida si queríamos seguir esa especialidad. En solo una charla nos transmitió, sin decirlo explícitamente, que podíamos ser amantes de las causas justas, que podíamos tener un lugar en el mundo que valiera la pena desde la carrera de abogacía (...) “Creo que su hijo se asombraría de saber todo lo que supo sembrar, desde una cátedra, en una alumna a la cual si bien apreciaba, también catalogaba como una típica burguesita radical de la UB. A esta alumna le dejó el mejor recuerdo que un profesor puede dejar en sus alumnos; lo recuerdo siempre, le he contado a mis hijas de ese magnífico profesor para que entendieran la injusticia y atrocidades del Proceso. En fin, señora, quiero agradecerle a usted por todas las cosas buenas que recibí de mi profesor de Internacional Público, y como bien dicen que solo se muere cuando la última persona que lo recuerda a uno con cariño se muere, creo que Daniel Antokoletz vivirá mucho más de lo que sus asesinos hubieran soñado ...” Se vuelve una autoridad en su especialidad, como revelan sus abundantes escritos e intervenciones en congresos y publicaciones nacionales y del exterior. Es miembro fundador de la Asociación Argentina de Derecho Internacional. Critica el elitismo de la Universidad de Belgrano; lo echan. Se niega a que un policía permanezca en su aula en la Facultad de Sociología de la UBA, en 1968: renuncia. Se le van cerrando caminos, como se van estrechando los de la democracia. La decepción mayor, para un marxista como él que se acerca a peronistas de izquierda y trabaja junto con ellos: el fin del gobierno de Héctor Cámpora, el avance de la derecha represora, el fin de la esperanza.

El 10 de noviembre de 1976 un grupo de tareas lo secuestra en su domicilio de Palermo junto con su esposa en segundas nupcias Liliana Andrés. Llevados a la ESMA, Liliana lo ve cuando es llevada a un baño del cual Daniel salía, y puede hablar medio minuto con él. Liliana es liberada a los 10 días, y ha presentado su testimonio cuantas veces le es requerido, incluso ante una comisión especial de la Cámara de Representantes de Estados Unidos en 1979.

Daniel es un argentino más para que el que la palabra “país” se cargó de sentido. Su defensa de presos políticos en la Argentina y Chile (entre ellos el senador uruguayo Enrique Erro), el exhaustivo informe al III Congreso de la Asociación Argentina de Derecho Internacional sobre el aumento de las viola-

ciones al derecho de asilo, sus permanentes denuncias sobre las duras condiciones en las cárceles y la general inobservancia de los derechos humanos en la Argentina, son aspectos de su larga búsqueda de la justicia. Luchó con armas legales y políticas, y con creciente coherencia, contra la violencia institucionalizada. Después del último golpe militar, siguió defendiendo a presos políticos, asumiendo el riesgo que ello implicaba. Por eso había que acallar su voz, silenciarlo, hacerlo desaparecer.

Por él, y por tantos otros como él, el pueblo argentino mantiene una memoria dolorida, tenaz, implacable.



MARÍA TERESA BARVICH

Tenía 24 años cuando fue asesinada en la calle Honduras 4183 de Capital Federal el 24 de noviembre de 1975. En su caída actuaron grupos de tareas de Prefectura Naval, Ejército Argentino, Investigaciones de la Plata, Triple A y SIDE. Muere en uno de los tantos enfrentamientos que nunca existieron. Los diarios de la época dijeron que actuaron más de 100 efectivos -más de 100 efectivos para entrar a una casa donde había 5 personas grandes entre 22 y 26 años y 3 chicos-. Los vecinos dijeron que entraron disparando y que era tanto el despliegue que llamaron a la comisaría 21 por que tenían miedo de que estuviesen tomando el barrio. En esa casa murió Tere, hubo un compañero herido y a los otros los detuvieron acusados de coser una bandera.

En el año 1999 fue declarada como una de las primeras muertes por el terrorismo de Estado bajo el gobierno “democrático” de Isabel Perón. Ésta es la crónica de su muerte.

La historia de su vida no puedo escribirla separada de la mía. Tere (como le decíamos nosotros) era linda por fuera y era linda por dentro. Militante popular. Pertenecíamos a esa generación que quería cambiar el mundo, que quería un mundo mejor para todos. Eso habíamos mamado en mi casa desde chicas. Mi viejo había participado de aquel histórico 17 de octubre, delegado sindical de la fábrica en la que trabajaba. Nuestra infancia se podría decir que fue “pobre” (vivíamos los 5 o sea mis viejos, mi hermano y nosotras en una pieza de 4x4), pero feliz, de recuerdos imborrables, de la mesa que se transformaba en un grandioso tobogán en la que nos deslizábamos hasta la cama que, a su vez, se transformaba en el más increíble trampolín para saltar a la otra cama. Nunca faltaban los caramelos en el bolsillo de mi viejo cuando llegaba de trabajar y la búsqueda para encontrarlos formaba el juego más apasionante. A esta altura, mi viejo era changarín (contaba naranjas en Chacarita para ponerlas